

¿Hacia dónde van las clases medias?

El concepto de clases medias ha presentado, desde sus orígenes, bastantes imprecisiones y ambigüedades y ha estado cargado de intenciones políticas. La propia noción de clase media implica una idea de centralidad y equidistancia que no es fácil encontrar en la realidad social y política concreta.

Por estas circunstancias, resulta sorprendente la importancia práctica que se ha atribuido a las clases medias en el devenir político de las democracias modernas, en cuanto a su papel y la atención que han merecido. De hecho, las transformaciones que están experimentando las clases medias en muchas sociedades de nuestro tiempo se está convirtiendo, nuevamente, en un elemento central de atención para aquellos que antaño depositaban la confianza de la estabilidad de los regímenes democráticos en la amplitud y la prosperidad de las clases medias, y que ahora contemplan alarmados cómo los problemas de las clases medias pueden acabar influyendo en la inestabilidad de las democracias.

Consecuentemente, es preciso clarificar el debate sobre este tema, atendiendo a tres órdenes de cuestiones. La primera concierne al propio concepto de clases medias; la segunda se refiere a la controversia sobre si existe realmente un comportamiento político propio de las clases medias. La tercera atañe a la evolución previsible de las clases medias en contextos como los actuales, en relación con la crisis del Estado de Bienestar y con el desarrollo de nuevos parámetros de estratificación social que tendrán indudables consecuencias políticas. Asuntos todos ellos de notable alcance práctico y teórico para la izquierda.

Lo primero que es preciso aclarar es que no existe una noción inequívoca de clase media y que el propio concepto es un cajón de sastre (los que no están ni muy arriba, ni muy abajo en la estructura social). Por eso, las corrientes más rigurosas del pensamiento social han intentado dotar de un sentido sociológico y económico preciso a este concepto. En tal sentido, atendiendo básicamente a los niveles de renta se ha intentado categorizar a las clases medias como los sectores de la pobla-

ción que disfrutaban de rentas intermedias. De ahí que el crecimiento de estas clases intermedias (de renta) haya resultado constatable en los períodos de expansión de los Estados de Bienestar, en los que se propiciaron políticas fiscales distributivas y en los que amplios sectores de población se beneficiaron de las políticas en Educación, Salud y pensiones. En esta perspectiva, la noción de clase media se aproximaba a la de una amplia equidad social.

Desde una perspectiva sociológica, de acuerdo al papel desempeñado en los sistemas económicos y sociales, es preciso diferenciar entre dos bloques. Por un lado, *las viejas clases medias* compuestas por sectores no asalariados, que prestan servicios profesionales a los demás, y por trabajadores por cuenta propia y pequeños propietarios de la industria, el comercio y la agricultura. Lo que algunos califican como la *pequeña burguesía*.

Por otro lado, están las *nuevas clases medias*, compuestas por profesionales asalariados, tanto del sector privado, como del pujante sector público durante las fases de expansión del Estado de Bienestar, y también por un conjunto de empleados de oficina y trabajadores de los servicios que se diferencian de los obreros manuales industriales por realizar sus trabajos con corbatas y camisas blancas. Los famosos "*White collar*".

Las nuevas clases medias han sido, precisamente, las que han crecido más durante el último gran ciclo de expansión del capitalismo, mientras que las viejas clases medias —sobre todo propietarias— se han visto afectadas por los procesos de concentración, especialización y globalización económica. Lo cual ha conducido a nuevas realidades sociológicas, que han hecho pivotar la realidad definitoria de las clases medias sobre factores de identidad, conciencia de estatus y mentalidad, y no solo sobre variables de ingresos o propiedad y ocupación.

De ahí que en la delimitación de las clases medias los factores subjetivos sean una variable crucial. No se trata solo del hecho de que muchas personas tiendan a auto-identificarse como pertenecientes a las clases medias —incluso trabajadores manuales—, sino de la in-

teriorización de un conjunto de actitudes y patrones de conducta que perfilan una mentalidad y un estatus específico de clase media. Algo que ha influido de manera muy importante y durante muchos años en los comportamientos políticos.

En los partidos socialistas bien pronto se suscitaron debates sobre la necesidad de atender a la realidad de las clases medias (sobre todo las asalariadas) y realizar una lectura adaptativa del papel de estos partidos atendiendo a toda la complejidad social. Lo que llegó a resultar imprescindible si se tenía voluntad mayoritaria.

Sin embargo, la atención política a estas realidades y el éxito que a veces se obtuvo en concitar apoyos más amplios para las opciones de progreso, no ha impedido que las clases medias hayan tenido comportamientos políticos muy variados a lo largo de la historia; y no siempre a favor de la moderación y la estabilidad democrática.

La precarización de amplios sectores de las clases medias y la movilidad social descendente que experimentan muchos jóvenes de familias de clase media, están conduciendo a una realidad sociológica diferente en la que aumenta la convergencia de intereses y de necesidades.

A los dos o tres esquemas de orientación que se derivan de lo anterior: conservadurismo moderado de las *viejas clases medias*, y centrismo político y socialdemocracia templada de las *nuevas clases medias*, se unió durante el período de entreguerras una decantación hacia opciones fascistas entre unas clases medias (no solo asalariadas), que reaccionaron ante la crisis y las consiguientes amenazas de estatus con auto-afirmaciones reclamadoras de un Estado fuerte y unos líderes carismáticos, duros y salvadores.

Además de este autoritarismo típico de clase media, los análisis sociológicos también han permitido tipificar desde los años sesenta del siglo pasado un *radicalismo de clase media* de carácter progresista y crítico entre aquellos sectores de población que teniendo altas cualificaciones no encuentran trabajos acordes con sus expectativas y conocimientos y acaban trabajando en unas tareas y en unas condiciones que generan frustraciones e inconsis-

tencias de estatus, que se resuelven con reacciones críticas e impugnatorias.

En nuestros días, la crisis del Estado de Bienestar, el aumento del paro y la precarización laboral está alimentando la frustración y la inconsistencia de estatus, dando lugar a grandes movilizaciones de clase media, como las "mareas" sectoriales de protesta, los grandes movimientos cívicos que reclaman mejoras políticas democráticas y las protestas de los jóvenes excluidos, generalmente con estudios superiores, que piden oportunidades y puestos dignos en la sociedad.

Por lo tanto, en las sociedades desarrolladas —pero no solo— algunos movimientos de fuerte caracterización de clase media se están convirtiendo en los principales protagonistas de las protestas y las reivindicaciones de cambio social y político, en un contexto general en el que se estrechan las bases sociológicas de las clases medias y cambian los patrones tradicionales de orientación social, mentalidad y comportamiento político.

Desde una perspectiva internacional, aquellos que sostienen que, a la par que enflaquecen las clases medias en los países desarrollados, aumentan las clases medias en los países en expansión, no tienen debidamente en cuenta las magnitudes reales de estos procesos. En primer lugar, porque la consideración única de los niveles de renta no es suficiente para la categorización de las clases medias. En segundo lugar, porque los calificados como "niveles intermedios de renta" en determinados países distan mucho de poder ser considerados como niveles dignos de vida. Y, en tercer lugar, porque esos niveles intermedios de renta no comprenden a un número destacado de personas, y en algunos países (no solo en los más desarrollados) tienden a disminuir en los últimos años tanto en cantidad, como en niveles de riqueza, en el contexto de una creciente concentración de la riqueza en pocas manos, mientras aumentan las desigualdades y persisten las carencias de miles de millones de seres humanos.

Por lo tanto, la evolución actual de los hechos debe ser un acicate para que las fuerzas progresistas clarifiquen las nociones y los análisis y desvelen los mitos, los falsos análisis y las falacias interpretativas en una forma que permita reforzar la crítica social, y que conduzca a plantear las alternativas que la racionalidad humana y el sentido común reclaman, en base a las nuevas convergencias de intereses y a la explicitación de necesidades que se hacen evidentes, en sociedades cada vez más fragmentadas y dualizadas. **TEMAS**